



El cuarto domingo de Cuaresma tiene el tono de la alegría. Desde la antífona inicial, las lecturas y las oraciones pedimos: Señor, “Haz que el pueblo cristiano se apresure, con fe gozosa y entrega diligente, a celebrar las próximas fiestas pascuales.” Hablar de alegría en Cuaresma, pareciera un tema añadido, casi que un remiendo forzado. La cuaresma es un camino marcado por el tono penitencial; pero recordemos que la cuaresma es el camino, y la meta es la alegría gozosa de la Resurrección.

El horizonte cuaresmal está iluminado por la luz de Cristo resucitado. Así, la cruz, “de signo de maldición se ha transformado en signo de bendición, de símbolo de muerte en símbolo por excelencia del Amor que vence el odio y la violencia y engendra la vida inmortal” (Benedicto XVI).

Estamos atravesando momentos históricos de búsquedas desafiantes. Millones de migrantes huyen de la pobreza ansiosos de mejores condiciones de vida, rompiendo forzosamente vínculos con la tierra, lazos afectivos con la familia, y tejidos culturales. Hay buscadores de libertad, que chocan con la esclavitud digital, económica y la trata de personas.

Hay búsqueda de dignidad y algunos se estrellan con ideologías como la ideología de género, que en boca del papa Francisco “es el peor peligro de nuestro tiempo”. El pueblo de Israel fue deportado a Babilonia y experimentó esclavitud y desarraigo, pero buscó la libertad. Ante estas búsquedas, todas las instituciones estamos desafiadas a aportar más alegría a la humanidad.

Buscadores de alegría

Escrito por Monseñor Jaime Sanabria Arias
Lunes, 11 de Marzo de 2024 07:00 -

La clave está en saber ¿dónde encontrar la felicidad? Esta es la enseñanza de la Palabra de Dios en este domingo. Nos apoyamos en la lección de una anciana llamada Rabiya, muy querida en un pequeño pueblo, quien comenzó a buscar algo en la calle. A todos les gustaba la compañía de Rabiya, y solían contarle sus problemas porque siempre les daba buenos consejos. Las personas que la vieron, se acercaron y preguntaron:

- ¿Qué buscas, Rabiya? ¡Te ayudaremos!
- Oh, son muy amables. Se me cayó una aguja.
- ¿Una aguja? Será difícil, pero te ayudaremos- contentaron sus vecinos.

Todos empezaron a buscar la aguja, pero no encontraban nada. Entonces, preguntaron:

- Rabiya, ¿no recuerdas por qué zona de la calle se cayó la aguja? La calle es muy larga y eso ayudaría a acercarnos más a nuestro objetivo. Además, está a punto de anochecer y ya no tendremos luz para buscar.
- Oh, el caso es que no se me cayó en la calle, sino en mi casa.
- ¿Cómo? Entonces... ¿por qué buscamos aquí algo que no podremos encontrar?
- Es cierto, eso me pregunto yo... No sé por qué siendo tan inteligentes, malgastan esa inteligencia cuando se trata de buscar la felicidad. No sé por qué andan buscando siempre la felicidad en la calle y lejos de ustedes en lugar de buscarla donde la perdieron... en su interior.

Y sonriendo, Rabiya se dio media vuelta y entró en su casa, dejando una profunda reflexión en todos sus vecinos.

¿Dónde encontrar la felicidad? La respuesta es corta y contundente, la felicidad no está dentro de nosotros, tampoco está afuera en los placeres del mundo, está en Jesús levantado en la cruz. No busquemos donde no vamos a encontrar. El Evangelio de san Juan nos presenta tres fuentes de alegría verdadera, representadas en tres imágenes de Jesús.

La primera fuente de la felicidad es el perdón. “Lo mismo que Moisés elevó la serpiente en el desierto, así tiene que ser elevado el Hijo del hombre, para que todo el que cree en él tenga vida eterna” (Jn 3, 14). Jesús en la cruz es el Hijo del Hombre ofreciendo perdón. La cruz no es símbolo de muerte, es signo de vida eterna; para poder gozar de esa vida tenemos que ser curados de la mordedura de la serpiente que es el pecado.

Dice san Pablo: “estando nosotros muertos por los pecados, nos ha hecho vivir con Cristo –por pura gracia están salvados–, han resucitado con Cristo Jesús y los ha sentado en el cielo con él” (Ef 2, 4ss). El perdón de Jesús nos limpia por dentro, saca la basura del pecado. El perdón sana y produce felicidad.

La segunda fuente de la felicidad es el amor. “Tanto amó Dios al mundo que entregó a su Hijo único para que no perezca ninguno de los que creen en él, sino que tengan vida eterna. Porque Dios no mandó su Hijo al mundo para juzgar al mundo, sino para que el mundo se salve por él” (Jn 3, 16s). Jesús en la cruz es el Hijo de Dios ofreciendo amor.

El Hijo de Dios no es juez inclemente, sino Salvador amoroso. Jesús en la cruz no grita: “malditos ustedes que me crucificaron, morirán de igual manera por su maldad. Grita como enamorado: muero por amor, para que sean salvados de la muerte. El amor inmerecido nos hace felices.

La tercera fuente de felicidad son las buenas obras. “Todo el que obra perversamente detesta la luz y no se acerca a la luz, para no verse acusado por sus obras. En cambio, el que realiza la verdad se acerca a la luz, para que se vea que sus obras están hechas según Dios” (Jn 3, 20). Jesús en la cruz irradia luz para que hagamos obras buenas.

Cuando muere Jesús, las tinieblas cubren el mundo, pero esta oscuridad pasajera queda iluminada al amanecer del domingo, pues la luz nos invadió. Los israelitas perdieron la tierra prometida y fueron llevados esclavos a Babilonia porque multiplicaron sus infidelidades hacia Dios y profanaron el templo” (Cfr. Cro 36, 14 – 23) No hay día más feliz que cuando hacemos el bien a alguien que no nos puede pagar ni retribuir. Obrar bien es llenar al mundo de la luz de Cristo.

En esta cuaresma digamos: “Que se me pegue a lengua al paladar si no me acuerdo de Ti” (Sal 136) Estos son mi madre y mis hermanos, los que acuden a Jesús en la cruz, y encuentran perdón, amor y luz para obrar bien, y entonces seremos realmente felices.